

Alfredo Saldaña. *La práctica de la teoría. Elementos para una crítica de la cultura contemporánea*. Santiago de Chile/Barcelona: RiL editores, 2018. 297 pp. ISBN 978-956-01-0598-1.

Reviewed by
Alberto Azcárate
Periódico El Salto (ex Diagonal)

Al iniciar su ensayo, Alfredo Saldaña define las líneas maestras de su trabajo: “aceptar que el fondo de la cuestión radica en evitar el etnocentrismo y el dogmatismo excluyentes que nos llevan a contemplar nuestro lugar como si fuera el único real, en la posibilidad de mirar y nombrar el mundo de otra manera..., en la coyuntura de desplazarnos para vernos representados a través de la mirada del otro y en el acuerdo que decidamos establecer no tanto con los parecidos a nosotros —hermanos, semejantes, camaradas, colegas—, eso sería lo más fácil, sino con aquellos otros *compañeros de viaje* que son diferentes a nosotros, para quienes, recordémoslo, nosotros somos los otros” (13).

Estamos ante un texto de absoluta actualidad que nos interpela por medio de un sofisticado y complejo desarrollo conceptual que, al mismo tiempo, se expresa con lenguaje poético; un libro de libros, un inventario de corrientes y pensamientos, o, si se quiere, un hipertexto de otros textos en el que el autor se hace eco de los principales debates abiertos en la contemporaneidad en los campos de la sociología, la filosofía política, la literatura y el arte, y elabora un detallado inventario de la hecatombe del capitalismo actual en lecturas con muchas intersecciones.

Saldaña reivindica y recupera el valor del asamblearismo y la perspectiva de que las verdades se construyen de abajo a arriba, colectivamente y no por revelación o prescripción de líderes iluminados. Y al mismo tiempo se enfrenta a las concepciones hegemónicas, tan del gusto de Ernesto Laclau; no hay “un pueblo a inventar”, sino una diversidad de expresiones que se coadyuvan sin perder su especificidad, interactuando e influenciándose recíprocamente, pero sin perder su identidad o especificidad. Y coherente con esa matriz polimorfa y diversa, tiende puentes con el diferente y, sobre todo, con todo aquel a quien el lenguaje del sentido común excluyente etiqueta como excluido, marginado, *outsider*, inmigrante, sin papeles, deportado, bárbaro, salvaje, proscrito (14); el ensayo, por otra parte, rezuma una veta anticolonial y explícitamente autocrítica con la epopeya colonial europea y con el eurocentrismo con el que desde aquí se mira al resto del mundo. Señala: “Y habrá que reconocer que ese otro representa la realidad sepultada

bajo la superficie de nuestra piel, el negativo de nuestra propia identidad, la cara oculta, el lado oscuro, la imagen velada, la voz callada, silenciosa y temida que dejamos a un lado, escondida en nuestro interior” (14).

Saldaña apuesta por “airear tópicos”, consciente de que vivimos en un mundo donde las certezas se han desplomado. Por ello, lejos de aceptar que el único mundo posible es el que nos ofrece la democracia liberal y los países llamados desarrollados, prestigia el espacio abierto por pensadores poscoloniales como Boaventura de Sousa Santos. Y, al mismo tiempo, empatiza con este en el asombro ante el inmenso foso que se abre en la contemporaneidad entre la teoría crítica —propia de las sociedades del norte— y la teoría política de la emancipación, propia de los países del sur.

Como respuesta a esta deriva, Saldaña recupera el derecho a la insurgencia de los oprimidos, una noción que atravesó y tuvo amplia legitimidad en los años setenta del siglo pasado. En una especie de arco evolutivo que iría de Frantz Fanon al subcomandante Marcos, recupera el derecho a una rebelión desprovista del aura de elitismo vanguardista que fue su marca registrada para inspirarse en la delegación, el mandato, el anonimato y la ausencia de liderazgos de la zaga zapatista, adoptando el principio rector de “mandar obedeciendo”.

Saldaña ahonda en la transformación del capitalismo “de producción”, o neokeynésiano, por el “especulativo” (neoliberal financiero). Atravesando dudas y relativizaciones que sembrara cierta posmodernidad autocomplaciente, recupera la noción de lucha de clases como vector decisivo para la transformación social y la interpretación de los fenómenos de sentido de la contemporaneidad. Y brega, junto a Bourdieu, por la constitución de un gran movimiento social europeo, horizontal y participativo, como alternativa tanto al liberalismo como a las recetas de la izquierda clásica.

Como parte de este dispositivo, Saldaña denuncia la hiperconcentración de los medios, lo que garantiza al poder la creación de un imaginario social dócil a sus intereses; unos medios que han renunciado a su función crítica para convertirse en voceros del poder que los controla, en muchos casos hasta en sentido literal, comprando su paquete accionario. Nos encontramos, de este modo, con que gran parte de la actividad cultural se limita a ofrecer espectáculo y entretenimiento, genera mansedumbre y subordinación, habiendo perdido así su perspectiva crítica. Y cuestiona la noción de cultura como categoría asociada a la idea de progreso lineal e irreversible, para considerarla un “campo abonado de luchas, dispuesto para la confrontación de intereses, un lugar adecuado para la representación e imposición ideológicas de diferentes modelos de mundo” (27). También analiza y denuncia la fagocitación por parte de la cultura dominante de las subculturas que, habiendo surgido como alternativas frente a aquella, acaban siendo absorbidas por una lógica que las trasciende; y pone en tela de juicio los registros de cierta poesía en el horizonte del mercamundo actual, conformista y producida únicamente para satisfacer a consumidores apaciguados, un producto que obedece a su “horizonte de expectativas”, “concebido sin perturbación y sin capacidad para perturbar” (32).

Saldaña propone un encuentro entre la teoría y la poesía, entendidas como armas contra el dogmatismo, que nos permita transitar un *continuum* que ponga la crítica por encima —también en contra— de la ideología, en una especie de proceso constituyente ininterrumpido de la palabra, para a través de ella refundar ya no el mundo, sino la relación que mantenemos con él. Y atribuye a la cultura un papel clave en el intento de construir otro imaginario, crítico y vital, que se empeñe en configurar otro cuerpo social y político.

Interrogándose respecto al contexto cultural presente, Saldaña cuestiona la preeminencia de *lo visual* y *lo auditivo* sobre la palabra escrita. De lo visual quizá porque vivimos en una época de entronización de la imagen ante una paralela devaluación de la palabra, por acumulación de desgastes y de crisis de representación del mundo; y de lo auditivo por ser más “ameno y didáctico” y quizá también más ágil y descartable. Sin embargo, en nuestro mundo neobarroco, donde se han perdido las certezas heredadas del positivismo humanista del siglo XIX —las utopías—, la imagen no es garantía de acceso a la verdad.

Alfredo Saldaña nos convoca a construir “un pensamiento al mismo tiempo teórico, crítico y poético, desarrollado a la intemperie, al albur de la incertidumbre y la errancia, expuesto a todo tipo de inclemencias, desplegado al margen del camino y no al abrigo de la seguridad que pueda ofrecer cualquier escuela o doctrina edificada en sus proximidades. Pensar —y hablar— poéticamente, poetizar la vida aún a riesgo de que las palabras no vengan a la boca, no se escuchen o se resistan y no respondan a nuestros propósitos e intereses, acariciando incluso la posibilidad de que el lenguaje cese de reflejar el mundo dado, para convertirse en el síntoma de un nuevo mundo por construir” (279).